

»Y si aquella mujer de aquella historia vuelve á formar de nuevo vuestro encanto, aunque os ame, gemid en mi memoria; ¡yo os hubiera también amado tanto!...

»Mas tal vez allá arriba nos veremos, después de esta existencia pasajera, cuando los dos, como en el tren, lleguemos de nuestra vida á la estación postrera.

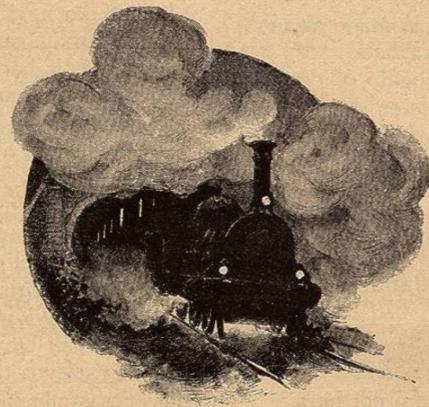
»¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde! Cuidad, siempre que nazca ó muera el día, de mirar al lucero de la tarde, esa estrella que siempre ha sido mía.

»Pues yo desde ella os estaré mirando, y como el bien con la virtud se labra, para verme mejor, yo haré rezando que Dios de par en par el cielo os abra.

»¡Nunca olvidéis á esta infeliz amante que os cita, cuando os deja para el cielo! ¡Si es verdad que me amasteis un instante, llorad, porque eso sirve de consuelo!...

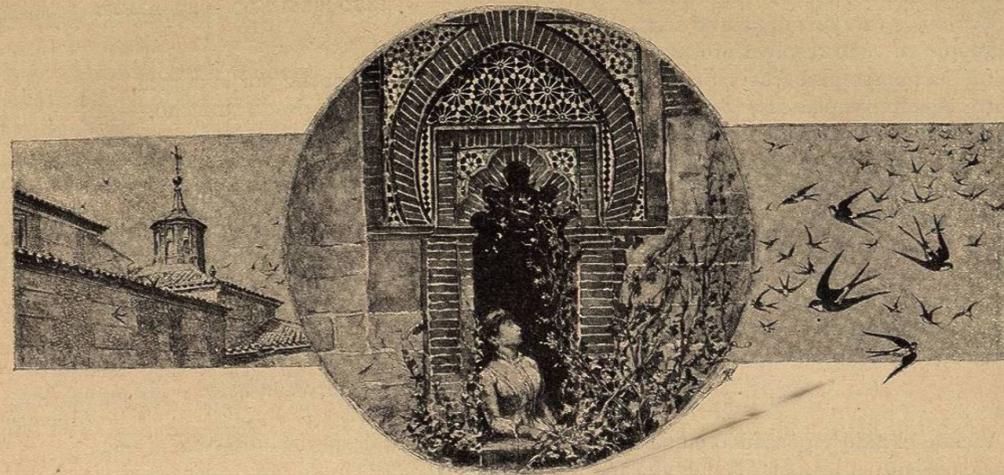
»¡Oh Padre de las almas pecadoras! ¡Conceded el perdón al alma mía! ¡Amé mucho, Señor, y muchas horas; mas sufrí por más tiempo todavía!

»¡Adiós adiós! Como hablo delirando, no sé decir lo que deciros quiero! ¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando, que sufro, que os amaba, y que me muero!»



## III

Al ver de esta manera trocado el curso de mi vida entera en un sueño tan breve, de pronto se quedó, de negro que era, mi cabello más blanco que la nieve. De dolor traspasado por la más grande herida que á un corazón jamás ha destrozado en la inmensa batalla de la vida, ahogado de tristeza, á la anciana busqué desesperado; mas fué esperanza vana; pues, lo mismo que un ciego deslumbrado, ni pude ver la anciana, ni respirar del aire la pureza, por más que abrí cien veces la ventana decidido á tirarme de cabeza. Cuando por fin sintiéndome agobiado de mi desdicha al peso, y encerrado en el coche, maldecía como si fuese en el infierno preso, al año de venir, día por día, con mi grande inquietud y poco seso, sin alma y como inútil mercancía, me volvió hasta París el tren expreso.»



## LA NOVIA Y EL NIDO

## POEMA EN TRES CANTOS

*Dedicado por el autor á su amigo y compañero EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.*

## CANTO PRIMERO. — EL NIDO

## I

Ya el mes de abril á la sazón corría; y con sus tibias y rosadas manos la primavera hospitalaria abría sus puertas á los pájaros lejanos.

Era el mes en que, eternas peregrinas, después que el frío del invierno pasa, todos los años, al tranquilo techo del cuarto de Isabel, dos golondrinas van á anidar como en su propia casa.

## II

Isabel, que era un ángel que pasaba en leer y rezar horas enteras cual si fuese educada en un convento, al florecer sus quince primaveras ni una hoja en su noble pensamiento á su corona virginal faltaba; y aunque va á ser esposa cuando del mal de amor nada recela, tomando el novio que escogió su abuela, estaba decidida á ser dichosa; y ajena á tentaciones y deseos con respecto á casados y casadas, sólo sabe haber visto en los paseos

las vides con los olmos enlazadas; pues era para ella un casamiento reducir á verdad un sueño hermoso, ser más querida, realizar un cuento, y hacer un viaje al Rhin con un esposo.

Así, en ciega ignorancia, Isabel, tan sencilla como hermosa, aun pensando de un hombre en ser la esposa, continuaba en su amor su santa infancia

## III

Pasan los días, sin contar las horas que como sombras huyen, mirando con afán cómo construyen su nido aquellas aves charladoras, que añadiendo canciones á canciones, entre ansias dulces y amorosos píos, unen hojas y granzas y vellones con el gluten y el limo de los ríos; y, cuanto más curiosa, mirando hacer el nido, se reía, entreabierto su boca, parecía la luz tomando el fresco en una rosa.

## IV

— ¿Para qué sirve un nido? — con sorpresa se pregunta Isabel: cuestión obscura,

que ocurre á la vaquera y la princesa  
y que una y otra de inquirir no cesa;  
pero que en vano resolver procura  
la que el tiempo pasó, casi en clausura,  
entre el rezo, las pláticas, la mesa,  
la música, el paseo y la lectura.  
— ¿Para qué sirve un nido? — Al ver delante  
tan honda obscuridad se confundía,  
y, por más que pensaba, no sabía  
cómo ella, que es tan viva y penetrante,  
y lee tantos idiomas de corrido,  
y sabe tantas cosas de hortelana,  
¡oh ciencia inútil de la vida humana!  
no alcanza á comprender lo que es un nido.

## V

Viendo el nido y pensando en su himeneo,  
lanza ardiente, á los pájaros que vuelan,  
las confusas miradas que revelan  
ya inocencia, ya miedo, ya deseo;  
pues ya mujer, sin serlo todavía,  
ante el hondo misterio de aquel nido,  
en sus ojos azules se encendía  
poco á poco un fulgor desconocido;  
y una vez que presente algo de cierto,  
con singular pudor frunce las cejas,  
quedando sus mejillas pudorosas  
con mucho más color y más hermosas  
que las guindas que cuelga á sus orejas  
cuando, alegre, corriendo por el huerto,  
coge lirios y caza mariposas.

## VI

Como nunca guardada  
se ha podido tener ninguna cosa  
detrás de unas pupilas transparentes,  
mostrando candorosa  
en la ráfaga azul de su mirada,  
que brilla entre sonrisas inocentes,  
esa inquietud profunda y misteriosa  
que causan en las vírgenes los nidos,  
Isabel, más que inquieta, consternada,  
al ver la turbación de sus sentidos,  
como un niño que al brillo de una espada  
se tapa con terror ojos y oídos,  
se juzga una inocente pecadora,  
y se santigua y reza, y casi llora,  
y entra el aire á raudales en su pecho,  
y hallando el sueño, pero no el olvido,  
se cayó desplomada sobre el lecho  
preguntando al dormir: — ¿qué será un nido? —

## CANTO SEGUNDO. — EL AMOR

## I

Disipada la noche por la aurora,  
la agitada Isabel, desde su lecho,  
que un sol de mayo dora,  
descorriendo las finas  
colgaduras de encaje de Malinas,  
busca otra vez el nido y mira al techo,  
como accediendo al familiar reclamo  
de aquellas habladoras golondrinas  
que nunca acaban de decirse «te amo.»

## II

— ¿Para qué sirve un nido? — He aquí el problema.

La novia al despertar vuelve á su tema;  
pues cuando va una niña á ser esposa,  
en prueba de inocencia,  
es capaz de cortar por lo curiosa  
una rama del árbol de la ciencia.  
¿Para qué habrán servido  
los nidos todos que en el mundo han sido?  
Saber lo que es un nido es cosa grave,  
pues, según Isabel, nadie ha sabido,  
y lo que es más aún, ninguno sabe,  
por qué se junta un ave con otra ave  
y juntas con amor hacen un nido.

## III

Temblando de pesar y de contento,  
cual la rama agitada por el viento,  
de nuevo el nido mira;  
y, aunque nunca manchó su pensamiento  
la pureza del aire que respira,  
sin darse cuenta de ello, es aquel nido  
demonio tentador que habla á su oído:  
y dudando, turbada,  
si tiene aún su espíritu dormido,  
cual se rompen las nubes en el cielo,  
de sus dudas sin fin se rompe el velo;  
pues en trances de amor, es cosa cierta  
que un nido, un beso, un cuento, una nonada,  
en un alma inocente rompe el hielo,  
y á un corazón que duerme le despierta.

## IV

¡Sagrada obscuridad! Como cruzaban  
por su frente las sombras á montones,  
viendo el nido, sus ojos titilaban  
como el cristal que esparce oscilaciones.  
Y dudas van, y pensamientos vienen;  
y, haciendo que lo mira distraída  
(habilidad que las mujeres tienen

## CANTO TERCERO. — LA NOVIA

## I

Como el amor primero es tan ardiente  
y despierta á las niñas tan temprano,  
Isabel se despierta con el día;  
y al apartar de su divina frente  
un raudal de cabellos, con la mano  
que en un vapor de encajes se perdía,  
halla su tez de nieve, nunca hollada,  
tan fresca como el agua de verano  
en el fondo de un pozo serenada.

## II

De su lecho de pluma  
salió Isabel cual Venus de la espuma;  
después mirando al techo,  
vibró su corazón dentro del pecho  
al ver la golondrina que cubría  
en forma de abanico á sus hijuelos,  
y al padre que en el pico les traía  
pan de la tierra y besos de los cielos.  
Tan grande amor su corazón inflama;  
y en sus ojos, con fuego inusitado,  
arde una pura y transparente llama  
al ver en los hijuelos desatado  
el nudo misterioso de aquel drama.  
Espantada, el misterio comprendiendo,  
casi vuelve á gemir y casi reza;  
y unas veces rezando, otras gimiendo,  
entrando de repente en la tristeza,  
ya marchitas sus puras alegrías,  
la niña acaba y la mujer empieza;  
y más cuando la tímida nidada  
de aquel nido, asomándose á la entrada,  
parece que le dice: — ¡buenos días! —  
Y más aún, cuando á los hijos viendo,  
suspirando responde: — ¡ya lo entiendo! —  
Y encendido su rostro, cual la frente  
de una mujer culpable y candorosa,  
sobre sus ojos pudorosamente  
deja caer sus párpados de rosa.

## III

Como el amor es cosa  
que, cual voz de eco en eco repetida,  
palpita en la crisálida metida,  
y brilla al convertirse en mariposa,  
ve Isabel con encanto  
que es un nido la copa misteriosa  
donde está la embriaguez desconocida;  
y así, pasando de capullo á rosa,  
tan turbada se ve y enternecida,  
que llora, aunque riendo bajo el llanto,

desde el día primero de su vida),  
acaba por saber que es aquel nido  
Edén por el misterio protegido;  
y hallando en él impresos  
los signos de una boda concertada  
por dos seres dichosos,  
con malicia entendida y saboreada,  
sintiendo arder la sangre hasta en sus huesos,  
ve en las aves del nido dos esposos,  
y en su canto una música de besos.

## V

Porque en saber se empeña  
para qué sirve un nido  
que así el amor le enseña,  
lanzada en pleno cielo, sueña... y sueña!...  
y aguarda á que el misterio incomprensible  
le baje á descifrar, compadecido,  
algún viajero azul de lo invisible;  
y á una malicia, en risa transformada,  
que en su mirada virginal destella,  
se queda avergonzada  
como sale, al salir de una enramada,  
después del primer beso una doncella;  
y á un brillo entre diabólico y divino,  
pensando en el misterio del problema,  
tanto mira Isabel, que al fin vislumbra  
en yo no sé qué lúgubre penumbra,  
que un nido es el misterio del destino,  
que es de la vida la explosión suprema;  
y ya, como mujer apasionada,  
mirando á su pesar en lo invisible,  
se perdió vagamente su mirada  
en la luz infinita é indefinible;  
y como, al fin, la juventud ligera  
no sabe, al estudiar lo que son nidos,  
que hay peligro en jugar con los sentidos  
en un día de sol de primavera,  
á Isabel, ya febril, le parecía  
que alguna mano que en la luz flotaba  
el velo misterioso descorría,  
y en derredor la tierra se le andaba;  
era su alma una noche sin aurora;  
nada distinto oía ni veía;  
la cabeza se le iba y le zumbaba,  
y sentía una sed devoradora;  
y comentando grave y resignada,  
el secreto á sí misma sorprendido,  
— Se conoce — pensaba — que es forzoso  
dar la mano á un esposo;  
querer y ser querida;  
hacer como los pájaros un nido;  
cantar á Dios y bendecir la vida. —

porque hay seres que ríen cuando lloran  
con la risa común de los que ignoran  
que en llorar y reír se va la vida.

## IV

Y cuando, en aquel día,  
convirtiendo en historia la novela,  
al altar de himeneo fué llamada  
la gracia de la casa de su abuela,  
¡ay! ¡cuál quedó anublada  
aquella llama azul de su mirada!  
¡Cómo llora y su madre la consuela!  
Y ¡cómo, en fin, ya enjutas sus mejillas,  
se mira en los espejos á hurtadillas,  
y en ellos viendo de su boda el traje  
se ríe con la risa de la aurora,  
y abisma su mirada en resplandores,  
mostrando pensativa y seductora  
sus dientes y sus labios, maridaje  
de las perlas casadas con las flores!

## V

Ya va y viene Isabel, y baja y sube,  
agitándose aérea y diligente  
con una vaga ondulación de nube;  
y aunque era á su belleza indiferente,  
con natural gracejo  
hoy aprende delante del espejo  
á conocer lo hermoso de su frente;  
y ora se juzga amada y ora amante,  
y haciendo con el traje un ruido de alas,  
circular como un duende por delante  
de los grandes espejos de las salas;



y al verse retratada, la doncella  
lleva por sí la admiración tan lejos,  
que, á fuerza de mirarse en los espejos,  
siente ya el goce de saber que es bella.

## VI

Al volver de jazmines coronada  
como una campesina desposada,  
sintiendo accesos de calor y frío,  
tiembla el alma en su boca seductora,  
como tiembla á los rayos de la aurora  
sobre una flor la gota de rocío.

Los ojos de Isabel, desconcertada,  
tanto abre para ver, que no ve nada;  
la estatua del asombro parecía,  
y no pudiendo respirar apenas,  
un no sé qué de eléctrico en sus venas  
en generosa transfusión corría.

Aunque casi educada en un convento,  
ya sentía en su noble pensamiento  
algo más que ilusión y confianza,  
ignorancia y candor, fe y esperanza;  
pues al mirarse de su alcoba enfrente,  
del abismo de amor dulce pendiente,  
la sangre que á su rostro se arrebató  
la pone del color de la escarlata...

Mas ¡oh Dios del pudor! no tengáis miedo  
que aquel resumen de la vida toda  
con su deliquio y sus misterios cuente...

Yo quisiera contarlo, mas no puedo,  
pues donde hay sueño virginal, ó boda,  
según Góngora, un ángel sonriente  
pone gentil sobre la boca un dedo.



## LOS GRANDES PROBLEMAS

POEMA EN TRES CANTOS

Al ilustre polemista EL SR. D. SALVADOR LOPEZ GUIJARRO

## CANTO PRIMERO. — EL IDILIO

## I.

El cura del Pilar de la Oradada,  
como todo lo da, no tiene nada.  
Para él no hay más grandeza  
que el amor que se tiene á la pobreza.  
Careciendo de pan, con alegría  
lleva paz de alquería en alquería;  
y siendo indiferente  
á la necia ambición de los honores,  
se ocupa de los grandes solamente  
cuando llama sus reinas á las flores.  
Sin fámulo y vestido de sotana,  
cuida una higuera y toca la campana.  
Su alzacuello es de seda desteñida,  
pardas las medias de algodón que lleva;  
y en todo el magisterio de su vida  
sólo ha estrenado una sotana nueva.  
Da gracias cuando reza á un Dios tan bueno  
que cría los rosales y el centeno,  
y llama sus orgías á las cenas  
en que prueba la miel de las colmenas.  
Aunque él está de su pudor seguro,

ve á una mujer, y como pueda, escapa,  
dispuesto desde joven, por ser puro,  
á hacer el sacrificio de una capa.  
Reparte á las chiquillas  
las almendras que lleva en los bolsillos,  
y les da un golpecito en las mejillas  
más dulce que una almendra á los chiquillos.  
Da á los pobres los higos de su higuera,  
que nació, sin plantarla, en donde quiera;  
y si al vérselos dar uno por uno  
— ¿Qué guardas para tí? — le dice alguno,  
responde, puesta en Dios su confianza,  
como Alejandro el Grande: — ¡La esperanza! —  
Así con tanto amor y pudor tanto,  
el cura del Pilar de la Oradada  
es, según viene la ocasión rodada,  
ya eremita, ya cuáker, ya santo.

## II

Está el pueblo fundado sobre un llano  
más grande que la palma de la mano,  
y á falta de vecinos y vecinas  
circulan por las calles las gallinas.